

La sociedad Helenística

Como sabemos, el período que va desde la muerte de Alejandro hasta la conquista romana fue llamado “helenístico”. Este término no viene del griego hellenistés, “Que habla griego”, para designar a los no griegos de origen, por oposición a los auténticos helenos. Una de las características del período es, desde luego, la extensión de la helenización a un ámbito más amplio, así como una transformación de los marcos institucionales de este nuevo mundo griego. Pero por el Mediterráneo oriental la diversidad era muy grande y, a veces, se tiene la impresión de un mosaico de Estados cuya evolución es profundamente diferente. Ahora bien, surge entonces el interrogante sobre si en verdad puede hablarse de un mundo helenístico. De hecho, su unidad fue percibida tanto por los conquistadores romanos como por los griegos mismos.

Así, los romanos quedaron fascinados por ese modelo cultural y su elite helenizada tuvo plena conciencia de ello. No obstante, la cultura griega era ya muy distinta de la que ponían en cuestión los filósofos del siglo IV a. C.

La monarquía helenística, con sus peculiares características, fue una realidad que gravitó fuertemente sobre el destino de las Ciudades en que vivían los nuevos dirigentes del mundo helenístico y el campo ya no era el indispensable complemento de la comunidad cívica. Es más, nos encontramos con campañas desgarradas en Grecia, mientras que los laoi de los reinos seléucidas y los campesinos explotados de la cora egipcia quedaron aislados e inermes frente a elites nuevas, que se sentían solidarias entre sí por su actividad económica y su expresión cultural. Ahora bien, esta realidad social aún es muy difícil de discernir puesto que somos tributarios de fuentes históricas que pusieron su énfasis en los aspectos políticos de una evolución que conduciría a la victoria de Roma, única respuesta al fracaso de las Ciudades griegas y de los reinos orientales.

El mundo de las ciudades

Las Ciudades formaban aún parte activa del mundo helenístico, pero su papel había, evidentemente, cambiado. Únicamente las Ciudades insulares parece que escaparon de la servidumbre general. El desplazamiento de las corrientes internacionales, sobre todo a partir del siglo III a. C., y el declive del Pireo, que conllevó el auge de Alejandría, pudieron favorecerlas, más si se piensa en que las monarquías apreciaban particularmente su poderío naval y le buscaban puntos de apoyo. Es época en que las flotas alcanzan enormes dimensiones, con navíos de muchas filas de remeros. En tal contexto, el mundo egeo era una baza que disputarse y que cuidar.



Isla de Rodas.

Rodas defendía el negocio libre, luchó sin descanso contra los piratas cretenses y puso a punto una excelente legislación marítima, aunque los negocios no eran cosa de los rodios.



Rodas es una brillante muestra de ello. Constituida a fines del siglo V a. C. mediante el sinecismo de Cámiros, Yaliso y Lindos, la Ciudad, tras su pertenencia a la alianza ateniense, se separó de ella en el 356, se alió con Mausolo de Caria y resistió a Alejandro. No obstante, tras la caída de Tiro pactó con él y, posteriormente, resistió el asedio dirigido por Demetrio Pelioretes. Así, fue la última Ciudad que conservó la independencia, basada, de hecho, en su alianza con los Ptolomeos y en la buena voluntad general. Cuando la ciudad fue destruida por el terremoto del 228, los donativos para su reconstrucción llegaron de toda Grecia.

El interés por la presencia rodia era general. Buenos diplomáticos, a menudo servían como intermediarios. No obstante, sobre todo, su puerto desempeñaba un papel redistribuidor en toda la cuenca oriental del Mediterráneo. Con sus tres muelles y sus vastos almacenes, era el gran mercado triguero; desde tiempos de Alejandro se especulaba en Rodas. Allí se negociaban los excedentes alejandrinos. Rodas tenía también sus propios mercados: sus ánforas aparecen en el conjunto del mundo pónico y en el Bósforo cimerio, en el occidente ítalo-siciliota y en Alejandría. Ahora bien, no había en todo ello monopolio alguno: Rodas defendía el negocio libre, luchó sin descanso contra los piratas cretenses y puso a punto una excelente legislación marítima, aunque los negocios no eran cosa de los rodios.

Los dirigentes de la Ciudad recibían honores en muchas otras: algunos eran banqueros y otros ingenieros. Eran ricos y podían proveer liturgias para el suministro de trigo. Con todo, no sabemos mucho acerca del resto de la población, estimada en 80.000 habitantes. Por su parte, los marineros de la flota debían de desempeñar un papel importante. No obstante, esta independencia de la Ciudad, la última en que tal palabra mantuvo un sentido clásico, dependía de la benevolencia de las potencias exteriores. En el Tratado de Apamea del 188 a. C., por ejemplo, los rodios obtuvieron ventajas territoriales, pero se mostraron demasiado voraces, por lo que en el 167 a. C. Roma se las quitó y, para castigarlos, hizo de Delos un puerto franco, que devolvió a Atenas. En unos años, el puerto de Rodas declinó y la Ciudad no desempeñó más papel que el de centro universitario, célebre por sus escuelas de ingeniería, de retórica y de escultura.

Los rodios obtuvieron ventajas territoriales, pero se mostraron demasiado voraces, por lo que en el 167 a. C.



Átalo I.

En las ciudades insulares restantes, Creta, sobre todo, fue temida como refugio de piratas y apreciada como vivero de mercenarios. En el 220 a. C., una guerra fratricida opuso a las distintas Ciudades de la isla, cuya tumultuosa evolución hacia regímenes más democráticos prosiguió. La isla de Cos, en cambio, vivió una gran actividad, atestiguada en parte por sus construcciones. Su riqueza se basaba también en la fabricación de una especie de seda silvestre mediterránea.

El banco del templo de Apolo otorgaba créditos a las Ciudades de las Cícladas y la isla, por ende, desempeñaba un cierto papel entre las insulares.



Delos, bajo la dominación ateniense, era, ante todo, un centro religioso que vivía del comercio local, favorecido por la presencia de los peregrinos. El banco del templo de Apolo otorgaba créditos a las Ciudades de las Cícladas y la isla, por ende, desempeñaba un cierto papel entre las insulares. Desde el 314 al 167 a. C. volvió a ser Ciudad libre, cuyas instituciones se calcaron de las atenienses, y formó parte de la Liga de los Nesios; hasta el 245 a. C. estuvo, de hecho, bajo control egipcio. Importante mercado de trigo y esclavos, sus almacenes se desarrollaron regularmente, mientras que la actividad bancaria del templo se orientó a los pequeños préstamos a particulares. Los ingresos, en tanto, eran importantes, aunque la mayoría procedían, sobre todo, de bienes inmuebles. Con todo, hubo un lento aumento del número de banqueros privados.



Busto de Mitrídates VI.

Con la creación del puerto franco en el 167 a. C. y el retorno de los atenienses, se asistió a un verdadero "boom". Por ello, se construyeron barrios enteros. Por su parte, las cofradías de comerciantes extranjeros construyeron sus propias lonjas y sus pórticos y, luego, llegaron los itálicos. Hasta el 88 a. C., fecha de su saqueo por Mitrídates, la ciudad se convirtió en el símbolo de la actividad económica, bastante artificial, del mundo helenístico.

Así, ninguna Ciudad podía mantener una actividad política totalmente independiente. Más exactamente, ninguna desempeñaba un papel dominante en la escena internacional. Sin embargo, no por ello ha de estimarse su declive como general. Su papel había cambiado, pero su actividad seguía siendo grande. Incluso intervenían más en el ámbito público. De esta manera, en la época helenística se multiplicaron las magistraturas de tipo económico, varias de ellas encargadas del suministro de grano o para vigilar los mercados y precios e intervenir en las transacciones.

Isla de Delos.

Las Ciudades gastaban en abundancia. Multiplicaban las fiestas y los juegos, cada vez más dispendiosos, a tal grado que intervenían profesionales que esperaban premios de valor.

Incluso en el 303 a. C. fueron creados capitales públicos para los préstamos marítimos. Ahora bien, a veces se ha diagnosticado una crisis económica general de las Ciudades, cuando en realidad se está extrapolando una situación surgida en el siglo I, en el momento de las guerras de Mitrídates. De hecho, las Ciudades renunciaron a la autarquía y tuvieron, como Atenas en el siglo IV a. C., que preocuparse por asegurar su abastecimiento. Al mismo tiempo, la circulación de la moneda facilitó la extensión bancaria y, por ende, el recurso al crédito. Pero todo eso permaneció en el limitado marco de los medios financieros de la Antigüedad: se vivía al día, cada ingreso se asignaba siempre a un gasto concreto y todo gasto imprevisto exigía un recurso nuevo. De ahí tantos arbitrios: en el 285 a. C., por ejemplo, Tasos vendió derechos de ciudadanía. Delos, por su parte, pasaba su tiempo pidiendo y pagando al templo. Y, luego, se apeló a los reyes, que multiplicaron sus larguezas. No obstante, todo eso no significa que las Ciudades estuviesen en las últimas sino, más bien, que su organización financiera no estaba a la altura de sus pretensiones.



Es que las Ciudades gastaban en abundancia. Multiplicaban las fiestas y los juegos, cada vez más dispendiosos, a tal grado que intervenían profesionales que esperaban premios de valor. Así, se otorgaban distinciones honoríficas a los reyes, pero también a los benefactores de las Ciudades. Los gastos ya no se reservaban tanto para los dioses como para el propio marco urbano. Aparte los esplendores de Pérgamo y Alejandría, cada pequeña Ciudad, incluso remota, quería tener sus monumentos. El ágora, entonces, se convierte en esa plaza cuadrada rodeada de pórticos y de función bien definida. Es más, cada ciudad tenía su ágora comercial y su ágora política. Con todo, el pórtico desempeñaba un papel fundamental en esta arquitectura urbana, cuyo ejemplo más característico lo representa el pórtico ofrecido por Átalo I de Pérgamo a Atenas, para cerrar su ágora clásica y darle la fisonomía tradicional de las demás ciudades.

Realismo barroco y gusto por lo desmesurado marcan a las escuelas de Rodas y Pérgamo.



Esto sucedía porque estas ciudades parecían. Así, el arte helenístico mostraba su originalidad no tanto por las innovaciones arquitectónicas propiamente dichas sino a través de un urbanismo meditado. Tal como podemos señalar, los trazados de la muralla y el recorrido de las calles revelan un mismo espíritu, una idéntica sumisión a las líneas naturales del paisaje a las que se adaptaban con notable flexibilidad.

La escultura, por su parte, desprendida del marco arquitectónico, se puso al servicio de este embellecimiento urbano. Es el caso de las esculturas monumentales que se colocaban en la entrada, tal como el coloso de Rodas o la victoria de Samotracia, que se destacaba ante el santuario de los Cabiros. Con todo, Lisipo de Sición, el escultor de Alejandro, dio toda su amplitud al bulto redondo: había que girar en torno a la estatua para apreciar todo su valor. Tras él, se asientan los rasgos característicos del arte helenístico: realismo barroco y gusto por lo desmesurado marcan a las escuelas de Rodas y Pérgamo. Ésta es particularmente célebre por el friso del altar de Zeus, que representaba la lucha de los dioses y los gigantes. Este tema, tan caro a los griegos, símbolo de la lucha de la razón contra la barbarie, se trató allí como un delirante combate en el que monstruos y dioses participaban de igual patetismo. La razón estaba muy lejos, mientras que la angustia y la desmesura permanecían siempre presentes. Con todo, junto a estas tendencias barrocas, se desarrolla el arte del retrato, surgido en el siglo IV a. C., de los que se deben logros particularmente notables, visibles también en el campo de la numismática.



Vista aérea del antiguo anfiteatro de la isla de Delos.

La pintura ha logrado ya sus títulos de nobleza: perspectiva, juegos de sombras y de luz, ilusionismos, una técnica, en suma, puesta al servicio de variados efectos. Se busca el hacer la vida más agradable.

Ahora bien, la escuela alejandrina prefirió ejercer una tendencia a lo pintoresco que resultaba familiar mientras se desarrollaba ampliamente un neoclasicismo académico, particularmente representado en Atenas. Así, se copiaba y recopiaba, inspirándose en las obras de los grandes maestros de los siglos V y IV. Estatuas de todos los tamaños invadían entonces las vías públicas y las casas particulares. A la vez, el mosaico se convertía en adorno obligado de los suelos. Delos nos suministra, para el siglo I a. C., ejemplos variados de ello. Con todo, a menudo se copian, también, cuadros célebres, pues la pintura ha logrado ya sus títulos de nobleza: perspectiva, juegos de sombras y de luz, ilusionismos, una técnica, en suma, puesta al servicio de variados efectos. Se busca el hacer la vida más agradable. No obstante, hay que subrayar en cuánta medida este escenario urbano depende, a pesar de todo, de la intervención regia. Las ciudades más hermosas son las capitales de los reinos y sirven de modelo. Muy a menudo hay que apelar, pues, a los subsidios reales para mejorar una financiación incompleta. Así, el más hermoso pórtico de Atenas se debe al rey de Pérgamo y la reconstrucción de Rodas, en cambio, a la generosidad de las tres dinastías. El papel del mecenas se convierte en fundamental para el mercado artístico.

Idénticas ambigüedades se aprecian en la irradiación intelectual de las ciudades griegas. En Atenas es donde se mantiene la herencia de la Grecia clásica. Ahora bien, el último brillo de los oradores se extingue, en verdad, con el final de la independencia. Queda, nada más, la forma pedagógica, con las escuelas de retórica a las que acuden a iniciarse las elites griegas y romanas. Tras la de Atenas, la de Rodas, fundada por Esquines después de su proceso, conoció un gran éxito y Cicerón mismo acudirá a ella para aprender el arte oratoria.



Mikharkhangel. Derecha: Ruinas del antiguo templo de Lindos, en la isla de Rodas, Grecia.

La jerarquía de los seres divinos está dominada por Zeus, asimilado al fuego, pues el mundo está totalmente determinado por las leyes físicas; el hombre ha de plegarse a las leyes de la naturaleza.

Las escuelas filosóficas, ya desprendidas del marco cívico, prosiguieron una brillante carrera y Atenas siguió siendo su centro. Con todo, Demetrio de Falero acabó de darles su marco institucional y la Academia y el Liceo conservaron su prestigio. Se estudiaba allí la historia de la filosofía y, luego, el curso sobre la doctrina peculiar de la escuela, el comentario sobre los grandes clásicos de la secta y la expresión personal del maestro, que era quien daba la tónica general y elegía a su sucesor. No obstante, entre escuelas era grande la polémica, los extranjeros afluían y, a su vez, se instalaban otros recién llegados.

De todas ellas, indudablemente la más popular fue la del maestro Zenón, llegado de Chipre. Su doctrina era rigurosa y basada en un análisis completo del universo, dirigido por una inteligencia suprema inmanente. La jerarquía de los seres divinos está dominada por Zeus, asimilado al fuego, pues el mundo está totalmente determinado por las leyes físicas; el hombre ha de plegarse a las leyes de la naturaleza, discerniendo lo que depende de él, la voluntad del sabio, de lo que no, las pasiones, a las que hay que aprender a renunciar. De moral exigente, que se dirigía tanto al esclavo como a los dueños del mundo y que llevaba a un cierto igualitarismo, inspiraría a Cleónenes de Esparta y a Tiberio Graco.



Demetrio de Falero.

Así las cosas, esas escuelas eran las más famosas, peor fueron muy criticadas por los escépticos, como Pirrón, que atacó sobre todo este estoicismo de Zenón, al igual que los cínicos, discípulos de Diógenes, más conocidos por las anécdotas que se contaban sobre ellos: filósofos desaliñados, ambulantes perpetuos y convertidos en personajes de las comedias, pero cuya falta de escritos no permite conocer verdaderamente su doctrina.

Así, el filósofo se convirtió en un tipo de hombre separado de la humanidad, un sabio cuya búsqueda fue, en lo sucesivo, la del destino individual. Con todo, Atenas siguió siendo en el siglo III a. C. el más importante centro filosófico, aunque las escuelas se multiplicaban aprisa, la circulación de hombres e ideas era constante y el ideal propuesto estaba separado por entero de la Ciudad. Era una idea universal.

El teatro se convirtió en una pura expresión cultural y ninguna otra cosa es mejor prueba de cuál era la evolución de la Ciudad.



Interior de la Biblioteca de Alejandría.

Lo mismo sucedía con una expresión que parecía tan ligada a la Ciudad: el teatro. Con Menandro, los asuntos conciernen a tipos que pueden haber salido de cualquier lugar: es el eterno juego del desencanto amoroso, en que los protagonistas de distinto rango social acaban por encontrarse. Se trata de enmascarar las disensiones y de evitar cualquier alusión política. Con todo, el éxito alcanzado corresponde a la expectativa de ese público urbano. Ahora bien, también se representaban las obras antiguas. Así, el teatro se convirtió en una pura expresión cultural y ninguna otra cosa es mejor prueba de cuál era la evolución de la Ciudad. Por otro lado, los actores se agruparon en potentes asociaciones profesionales, a menudo encargadas por los soberanos de organizar representaciones, fiestas y procesiones. Cada vez más intervinieron éstos en la vida intelectual.

Así las cosas, las capitales de los reinos eran centros particularmente importantes, aunque sus condiciones eran distintas: en ellas, el mecenas era el rey, que pagaba y mantenía y al que se buscaba adular. Ptolomeo II en Alejandría, Antígono Gónatas en Pella, Hierón en Siracusa, y Éumenes en Pérgamo, desempeñaron brillantemente su papel, especialmente acentuado en el siglo III. No obstante, su apoyo iba más allá y se organizaron auténticas instituciones que prolongaron el impulso del soberano: el Museo, junto con la biblioteca, en Alejandría, o la biblioteca de Pérgamo. Tales centros facilitaban la circulación de hombres e ideas y alentaron grandemente el desarrollo científico.



Ptolomeo II y su esposa, impulsores de la Biblioteca.

Un nuevo tipo de hombre

La evolución que apuntaba en el siglo IV a. C. se acentuó. De hecho, emanó una nueva clase dirigente cuya fortuna ya no se basaba en los recursos raíces, sino cuya actividad se dirigía, sobre todo, a los negocios. La expedición de Alejandro y la transformación del Mediterráneo oriental acentuaron y modificaron el fenómeno.

En primer lugar, la moneda desempeñaba ya un papel más importante y era utilizada mucho más ampliamente. Alejandro hizo reacuar los tesoros acumulados en las capitales persas, adoptando el patrón ático. En una generación, un importante volumen monetario se dispersó por el Mediterráneo. Si bien Rodas y Egipto conservaron sus propios patrones, poco a poco se produjo una cierta unificación, mientras que se multiplicaban los divisores de bronce. Tras una ligera alza del oro se volvió al monometalismo de la plata y cada reino hubo de asegurar sus propios recursos.



Monedas griegas.

Por lo demás, las Ciudades acuñaban moneda cuando eran independientes pero, de acuerdo con la distribución de los hallazgos, se formaron circuitos particulares y se establecieron ciertas costumbres. La extensión de la moneda favoreció entonces la extensión del comercio, no sólo en volumen, sino también en diversidad y a largas distancias. Sobre todo, esto favoreció el ascenso de nuevas clases dirigentes, donde los nuevos ricos ya no son aquellos cuya fortuna se basaba en una actividad vinculada al devenir de la Ciudad. Ahora se trata de personajes cuyas magnificencias desbordaban en mucho el marco de su polis y capaces de conceder fabulosos créditos. Es más, algunos aceptaban embajadas no remuneradas o proveían de material de guerra, premios para las fiestas y las escuelas o banquetes. Con todo, no eran ya a esas liturgias tan pesadamente notadas en la Atenas del siglo IV a. C., sino liberalidades que los ricos llevaban a cabo por su libre voluntad para con su Ciudad o para con otras. A veces había un interés económico directo, pero con frecuencia la recompensa era puramente honorífica. Desde luego, los honores y el derecho de ciudadanía permitieron a algunos intervenir en muchas Ciudades, pero no parece que se buscase un aumento de poder, en todo caso muy limitado. El ascenso social requería de esta forma de redistribución, el evergetismo.



Campo.

Por lo demás, en el seno de esta clase había distintas formas. El servicio regio, por ejemplo, abrió una gama muy variada de actividades. Las guerras seguían siendo un medio nada desdeñable de enriquecimiento, aunque la fuente más segura siguieron siendo los negocios, entendidos en sentido muy amplio. Con todo, los banqueros-cambistas privados se multiplicaron y también las especulaciones.



El trigo y el aceite eran dos materias primas muy apreciadas.

Ahora bien, se ha intentado permanentemente evaluar algunas curvas de precios. De hecho, el período helenístico es el único que procura algunas series. No obstante, por desgracia, se trata de productos muy particulares que no siempre consienten generalizaciones. Así, en Delos se comprueba que el trigo experimentaba grandes variaciones en un mismo año. Tras un alza en el último tercio del siglo IV a. C., se esbozó una baja y, a mediados del III, el precio medio se estabilizó. Igual tendencia se aprecia para el aceite. Por el contrario, los metales y los ungüentos estuvieron en alza constante, mientras que el papiro experimentó fluctuaciones en relación con la abolición o el mantenimiento del monopolio egipcio. Tal como se ve, no es posible estimar un cuadro general.



El precio de algunos géneros estaba directamente relacionado con las fluctuaciones políticas. No obstante, puede subrayarse que, tras un período de alza subsiguiente a la conquista de Alejandro, se produjo una baja entre el 280 y el 250 a. C. y, luego, una subida en el siglo II, con tendencia final a la baja. Esto se refiere, sobre todo, al trigo y exclusivamente a las aglomeraciones urbanas.

No obstante, ha podido observarse una cierta variación en los salarios. Los ejemplos, en este caso, son también dispersos y las generalizaciones difíciles, aunque se cuenta con algunas series relativas a los trabajos de construcción. Así, los salarios aumentaron en el siglo IV, con el consecuente conjunto del costo de vida. Sin embargo, los salarios de los obreros cualificados disminuyeron entre el 302 y el 250 a. C.

Una de las características de este período es la de apegarse con pasión y respeto a su pasado e intentar transmitirlo.



Por otro lado, aumentaron los contratos por piezas y los destajos, que facilitaban la baja. El obrero entonces prefería, a menudo, una buena parte en especie y aceptaba salarios muy pequeños.

Así, en el período que cubre desde la muerte de Alejandro hasta mediados del siglo III a. C., el hueco entre ricos y pobres se acentúa en las ciudades. Ya no son los tiempos en los que no se distinguía a un libre de un esclavo. Las fortunas importantes van acompañadas ahora por un modo de vida distinto. El lujo en la alimentación, en el vestido y en la casa singulariza ahora a la nueva clase. La riqueza para estos hombres nuevos es sinónimo de éxito. Por otra parte, es grande la ambigüedad, pues muchos son extranjeros y todos hacen protestas de cultura griega, a la que se agarra desesperadamente el morador de las ciudades, aún aquellos de poca importancia.

De esta manera, una cierta identidad cultural, símbolo de dignidad pasada para unos y de reciente ascenso para otros, va homogeneizando a este medio urbano. Así, la lengua griega se extendió como lengua obligada de esta Koiné. Incluso decretos de los confines orientales tomaban la forma de los decretos griegos al tiempo que, como vimos, se constituía en Alejandría el tesoro literario que fue haciéndose símbolo de esta cultura común. Una cultura acabada por estudiar, no por crear. De hecho, una de las características de este período es la de apegarse con pasión y respeto a su pasado e intentar transmitirlo. Por ejemplo, una pequeña ciudad griega perdida en los confines orientales proclamaba orgullosamente los principios delficos por los que debían gobernarse sus miembros. Además, se entiende que los griegos aislados en un medio extranjero se mostrasen conservadores, generalizando este fenómeno.

Con todo, se concedía muchísima importancia a la educación, que se estructuró en torno al gimnasio. Por ello, la palestra que originariamente era el edificio en el que los jóvenes se entrenaban en la lucha se completó, añadiéndose todo un ala de construcciones al patio de arena, el cual estaba rodeado de pórticos y salas en el que se preparaban los atletas. El gimnasio, entonces, designó, a la vez, al conjunto de las construcciones y a la institución.



Palestra de Pompeya. El hueco del centro se llenaba de agua y se utilizaba para entrenamiento.

A su frente hubo un gimnasiarca, magistratura electiva y no retribuida que se convirtió en una de las más honoríficas de las Ciudades. Ayudado muchas veces por un paidónomo, controlaba a los educadores asalariados, encargados de la educación deportiva e intelectual, que dedicaba mucha atención a la instrucción literaria, tendencia que marcó la enseñanza occidental hasta mediados del siglo XX.

Así, predominaba la explicación literaria, en la que Homero y Eurípides eran los autores más utilizados. Por ello, muchos de los textos que han llegado hasta nuestros días son antologías compuestas para los estudiantes o bibliotecas que ellos formaban luego. Con todo,



Gimnasta griego.

los alumnos estudiaban agrupados por tramos de edad, mientras que el conjunto del presupuesto en mantenimiento, suministros y salarios era asumido por la Ciudad que, cuando no podía cargar con estos gastos, una fundación regio o privada garantizaba una financiación. Paulatinamente, con excepción de los edificios municipales y de las compras de trigo, se convirtió en uno de los gastos más importantes de las Ciudades.

Tal como se supondrá, la educación no era para todos. El proceder del gimnasio era un sello a que aspiraban las elites indígenas y al que parece accedieron en la Siria seléucida. En las antiguas Ciudades griegas, quienes se hallaban excluidos del estatuto ciudadano por el sistema censitario, evidentemente no participaban. Por otro lado, los gimnasios acogían a extranjeros. Con todo, quienes procedían de ellos compartían una comunidad de expresión que les llevaba a reconocerse como “del mismo mundo”, mientras que el recuerdo de los concursos literarios y deportivos que marcaban

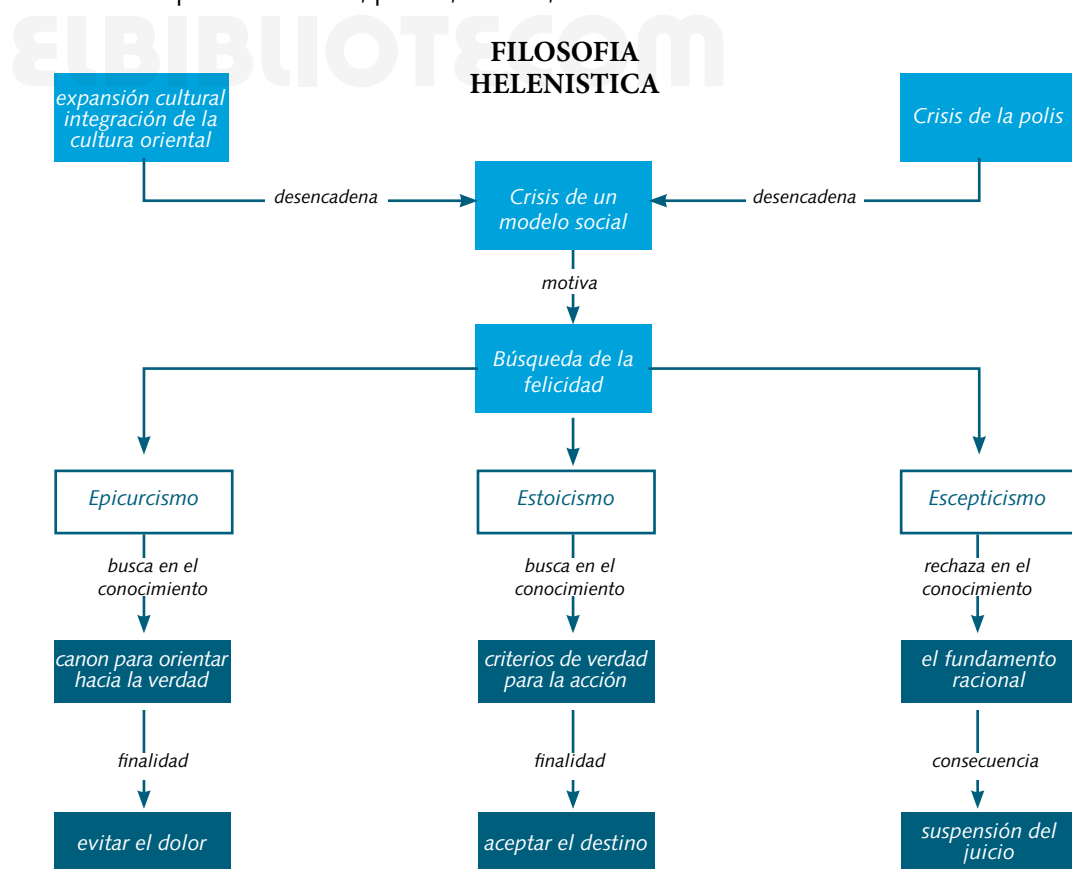
sus jóvenes años, bajo la complaciente mirada de la Ciudad, constituía un vínculo de amistad de fácil evocación. Así, el orgullo de ser griego o macedonio de origen, característico de las primeras generaciones, cedió poco a poco el lugar al de pertenencia a una clase que reconocía una identidad cultural desde fines del siglo III. Por lo demás, a lo largo del siguiente siglo desaparecieron los más lejanos bastiones griegos implantados en tierra extranjera.

Tal como se supondrá, la educación no era para todos. El proceder del gimnasio era un sello a que aspiraban las elites indígenas y al que parece accedieron en la Siria seléucida.



Al mismo tiempo que aumentaban los interrogantes filosóficos, se desarrolló el recurso al hermetismo y a la magia, que combinaba las tradiciones orientales y las griegas, en las que proliferaron los amuletos y los papiros se llenaron de fórmulas invocatorias.

Sin embargo, no se verificaron serenamente tales mutaciones. Es más, cuando se busca captar las mentalidades helenísticas, asombran las oleadas de interrogantes tan perceptibles en la expresión religiosa. El culto real oficial no colmó el vacío dejado por el declive de la religión cívica. Por ello se multiplicaron los tiasos, esas cofradías organizadas en torno al culto de un dios, con frecuencia extranjero, que permitían una solidaridad entre iniciados. Así se advierte el crecimiento de los cultos egipcios, a menudo introducidos por un mero particular: en Delfos, por ejemplo, durante buena parte del siglo III a. C., el culto de Sárapis era celebrado por un sacerdote menfita, y el de Isis cobró cada vez mayor importancia, existiendo pronto toda una terraza dedicada a los dioses extranjeros que pronto se cubrió con monumentos. De esta manera, hundido como estaba el marco religioso de la Ciudad, permanecieron las incógnitas de ese mundo tan mudable al que se enfrentaba el hombre helenístico. Por eso, y al mismo tiempo que aumentaban los interrogantes filosóficos, se desarrolló el recurso al hermetismo y a la magia, que combinaba las tradiciones orientales y las griegas, en las que proliferaron los amuletos y los papiros se llenaron de fórmulas invocatorias. Así se popularizaron, también, la astrología, tan cara a los babilonios, y la alquimia. Estos siglos, pues, fueron de una apasionada indagación sobre cualquier forma de tránsito entre los mundos sobrenatural y material. La época, tan frecuentemente tachada de amoral por los romanos, parece, a veces, moralizante en exceso.



Así las cosas, el retrato del monarca arquetípico y de cualidades filantrópicas y de beneficencia inspiró el ideal tanto del hombre evergético cuanto del simple médico que se sacrificaba a causa de una epidemia. El tipo de hombre que se perfila es radicalmente distinto del ideal cívico y aristocrático del que Pericles parecía símbolo.



Pericles.

El hombre helenístico se quiso universal, pero se cercenó de la raíz que constituía la fuerza tanto de las Ciudades griegas cuanto de los reinos orientales: el mundo rural. Y la falsa imagen de la naturaleza que entonces se desarrolló, así en el arte como en la literatura, aquellos organizados jardines de que se rodearon las villas y con que se vistieron los muros de las casas de Pompeya y los mosaicos de los pavimentos fueron la medida de la ruptura que se había generado entre el campo y la ciudad.

El mundo rural

La función de la cora, evidentemente, cambió. La comunidad que unía a la Ciudad con su territorio estalló en lo económico y en lo institucional. Por ejemplo, en el Asia selúcida, cada vez más, los territorios eran adscritos a las Ciudades con sus habitantes, quienes tenían, pues, un estatuto mixto. Sin embargo, las relaciones cambiaron en la medida en que las Ciudades buscaban sus alimentos en el exterior y en que la clase dirigente no consideraba ya a la agricultura como un modo de vida. Es verdad que aún había campiñas ricas, pero la impresión general, desde fines del siglo III a. C., es la de una cierta recesión de la agricultura: crisis en Egipto, dificultades para encontrar aparceros en Grecia y endeudamientos, sin contar con los problemas del Ponto, que se encontraba amenazado por los escitas.

La complementariedad entre campo y ciudad, entonces, se atenuó, tanto más cuanto que no parece que fuese contemplada siquiera la idea de que el mundo rural pudiese ser una reserva de consumidores, útil para la producción.

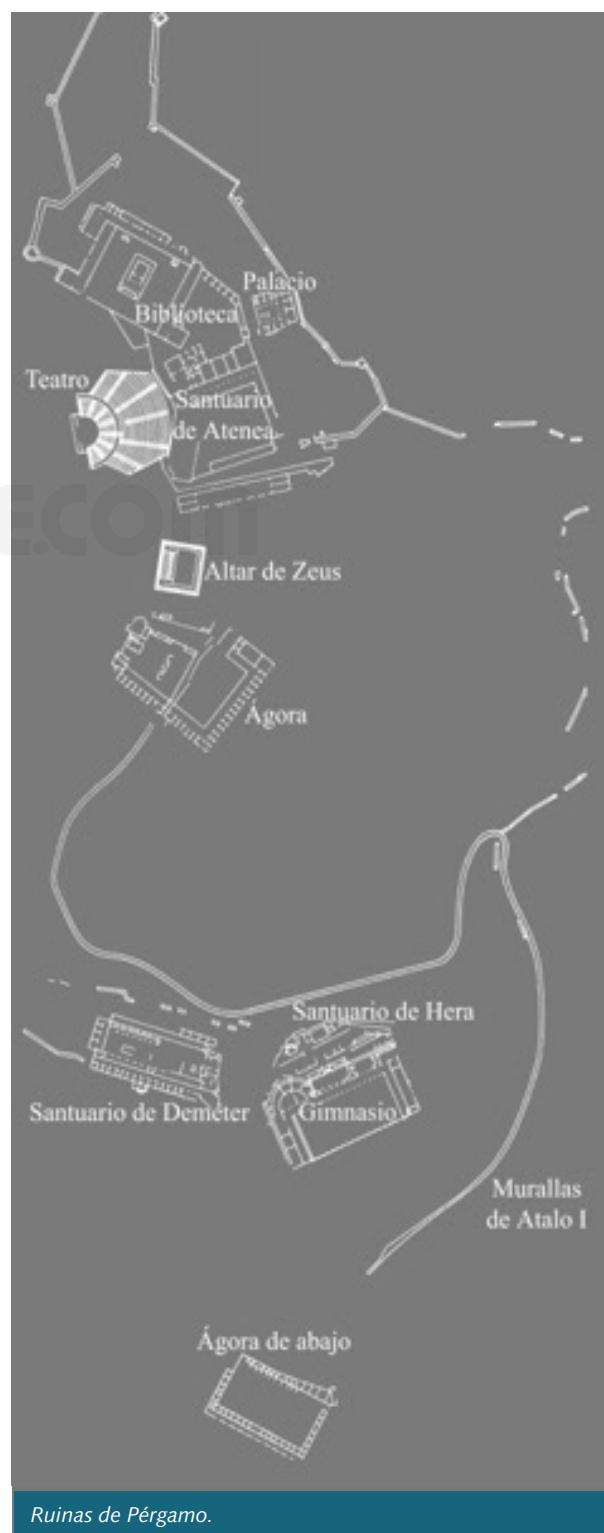


Campo griego.

Las estructuras artesanales habían cambiado poco y el mercado de mano de obra tampoco debió de evolucionar mucho. A todo ello se debe añadir que la masa rural en las monarquías estaba formada por laoi, no resultando útil la mano de obra servil.

Incluso Egipto, que para algunos productos dependía de su mercado interno, digamos que mató a la gallina de los huevos de oro y fue incapaz de dominar la crisis agraria y el abandono de los campos. Todo esto ocurría como si, cada vez más, se tuviese al campesino por un súbdito, siguiendo el tipo oriental, y no por un ciudadano, según el modelo ateniense.

¿Lo antedicho implica una distinción entre campo y ciudad? De hecho, se debe esbozar una evolución diacrónica para responder este interrogante. Inmediatamente después de la conquista, el griego, fuese mercenario, cleruco, comerciante, artesano o dignatario se sentía y proclamaba superior al hombre de campo, cualquiera que fuese el rango de éste. Sin embargo, desde el siglo II a. C., la cesura es de orden económico. Con todo, se han intentado censar, mediante el estudio de los nombres, los matrimonios entre griegos y egipcios y los establecimientos de griegos en la cora. No obstante, esta es una empresa delicada, pues algunos egipcios tomaron nombres griegos. Ahora bien, la impresión es la de que los griegos de menor rango pudieron sentirse más cerca de sus homólogos egipcios y no de los ricos comerciantes urbanos. Aunque nada lo prueba, tampoco se aprecia acercamiento alguno hacia los elementos populares de las ciudades ni se puede medir el probable aumento en el número de esclavos, salvo por el crecimiento del mercado de Delos en el siglo II a. C. y por el de manumisiones en Delfos. Desde luego, los esclavos domésticos fueron más numerosos en las mansiones de lujo. No obstante, las estructuras artesanales habían cambiado poco y el mercado de mano de obra tampoco debió de evolucionar mucho. A todo ello se debe añadir que la masa rural en las monarquías estaba formada por laoi, no resultando útil la mano de obra servil.



Ruinas de Pérgamo.

Ahora bien, las resistencias a la helenización aparecieron, en la práctica, como fenómenos nacionales. Así, se trata de un fenómeno que se precisa en todo el marco mediterráneo. Al mismo tiempo que tomaban de los griegos algunas formas de sus civilizaciones, algunas técnicas y objetos, adquirían forma grupos de población que iban tomando conciencia de su modo de vida defendiéndolo ante la intromisión romana que sucedió a la presencia griega. Incluso, pasaron a la acción haciendo desaparecer los elementos más frágiles de esa presencia griega. De esta manera, apareció el reino parto y desaparecieron las monarquías greco-bactrianas o las Ciudades griegas del borde septentrional del Mar Negro, constituyendo las federaciones celto-ligures de la Provenza. En tal contexto, entonces, se deben insertar las peripecias de Mitrídates y su fracaso final.

Así las cosas, en el seno mismo del mundo helenístico, la resistencia del medio rural egipcio se apoyó en el clero nacional: en el 165 a. C., la sangrienta revuelta de Macabeo fue una guerra santa contra la helenización de Jerusalén, mientras que en Pérgamo, en el 133 a. C., Aristónico dio forma utópica y aislada a una resistencia nacional que quiso alzar a los campesinos asociándolos con los esclavos y endeudados contra la irrupción romana, apoyada enseguida por las Ciudades griegas. De este modo, el triunfo de la vida helenística fue acompañado por una cesura respecto del mundo rural, al que quiso explotar sin conseguirlo racionalmente. Con todo, en la añoranza griega hacia lo que consideraban como su época gloriosa, hay que situar, aunque no de manera formulada, la añoranza de los tiempos del soldado ciudadano y de la siempre anhelada autarquía.



Ruinas de Delfos.

A modo de conclusión

Así, y a través del hilo conductor que hizo de la ciudad el corazón de la civilización griega y el fundamento de su irradiación cultural, se trató de establecer la diversidad en cada una de las experiencias vividas. Palacios micénicos, metrópolis del arcaísmo, Ciudades clásicas, aglomeraciones helenísticas... Cada período inventó soluciones diferentes. Indudablemente fue la capacidad innovadora la que dio a los griegos ese tan especial lugar en el mundo antiguo, siempre acompañada a su potencia crítica y a su perpetua indagación sobre el sentido de sus experiencias. Lejos de ser una historia acabada, la griega, en su gran diversidad, tiene aún mucho que enseñar. Todo ello para que, más allá de los polos conocidos, pueda verdaderamente ser restituido el conjunto de su historia: la de la ciudad y la del campo y a través tanto la del soberano como la del hoplita, del pastor y del labriego, del minero o del comerciante, del esclavo y el ciudadano.



*Grupo escultórico
Laocoonte y sus hijos. Es
una de las obras más re-
presentativas del período
helenístico. Fue reali-
zada por Hagesandro,
Atenodoro y Polidoro de
Rodas hacia 50 ddC.*